La agresividad humana

CRISTINA PERI ROSSI

Hace un tiempo, escuché por casualidad el diálogo entre dos hombres, en un bar. Uno de ellos, con aire paternalista, le dijo al otro: «¡Pero hombre! ¡Tienes que ser más agresivo! ¡Hay que pisar fuerte! ¡Nada de debilidades!». Pensé que el suficiente consejo (por debajo se oía: «Sé agresivo y fuerte como yo, para triunfar en la vida») podía referirse a una gran cantidad de cosas: a sus relaciones conyugales, a su actitud en el empleo, a la forma de tratar a los hijos, a la suegra o a los parientes. Era una fórmula mágica para conducirse en cualquier aspecto de la vida. Porque cuando un vendedor de seguros no alcanza la cuota exigida por la empresa, su jefe le dice: «Le falta agresividad», y si no asciende rápidamente en el escalafón social, es que le falta agresividad, y si el niño no es el primero de la clase, es porque carece de sentido competitivo, igual que si pierde al dominó.

Es indudable de que las sociedades que todavía se llaman occidentales y cristianas han impuesto un modelo de conducta donde la agresividad y la competitividad constituyen valores superiores; son los ingredientes del éxito en el trabajo, en la comunidad y en la vida privada. Tener un perfil social agresivo es haber comprendido la mecánica de la sociedad moderna y contar con muchas posibilidades de triunfo. Nadie se pregunta cómo se puede ser al mismo tiempo cristiano y agresivo, porque hace mucho tiempo que las sociedades post-industriales no se interrogan acerca de sus presuntos valores.

Agresividad y violencia son la misma cosa. La presencia permanente de múltiples manifestaciones de violencia (desde su forma más obscena: la guerra, hasta las más sutiles, como la competitividad social, la publicidad o el asedio sexual) en la historia del hombre han hecho pensar a muchos antropólogos, filósofos y psicólogos que es un componente esencial de la especie: un instinto. Freud habla del instinto de muerte y Konrad Lorenz, el investigador austríaco que fue Premio Nobel por sus trabajos sobre el comportamiento animal, demostraba que el instinto de lucha y de agresión humano dirigido hacia los otros es la causa de la violencia, en todas las épocas. La agresividad y el sentido del territorio guiarían la conducta de los seres humanos. Otra corriente, en cambio, sostiene que estas características no son esenciales, sino adquiridas, aprendidas: sería el entorno social quien educa al hombre para la violencia, y ésta no es una fatalidad, sino una elección.

Innata o aprendida, la agresividad y la violencia forman parte de nuestra vida diaria. La superpoblación de las ciudades es una forma de violencia sobre el entorno natural, el espacio del hombre y sus necesidades de armonía; el ruido es agresión y violencia, igual que ciertas formas de publicidad frente a las cuales no podemos defendernos, porque se nos imponen. Puedo apagar el televisor para no tener que soportar el enésimo anuncio de polvo de lavar, pero no puedo eliminar los carteles luminosos de las autopistas. Larvarias, estas formas de agresión están comúnmente aceptadas. Como lo está el asedio sexual masculino, emblema de su virilidad.

Lo importante no es averiguar si la agresividad y la violencia son instintivas o adquiridas, sino concebir una educación para eliminarlas. Ahora bien, este proyecto social exige una comprensión cabal de que la agresión y la violencia son dos males sociales, no

cartas de triunfo. No es posible educar para la paz, mientras esquizofrénicamente se prepara para la guerra, no sólo en su sentido absoluto (guerra tradicional o nuclear) sino en su sentido diario, doméstico, puntual.

El hombre aprendió a controlar la violencia de la naturaleza: de los ríos desbordados, de los soles inclementes, del resto de los animales. Concibió una estrategia para combatirla y para protegerse de sus consecuencias. En cambio, construyó sociedades donde la violencia y la agresividad tienen prestigio social, por lo menos, en sus formas más sofisticadas. Castiga el robo domiciliario, pero llama «corrupción» al robo público; lucha contra el terrorismo, mientras pertreche sus ejércitos para una guerra devastadora; se declaran cristinas, pero estimulan la competitividad, el egoísmo, el lucro. Si no se resuelve esta contradicción, la violencia, que provoca violencia, a su vez, lejos de ser una elección, será una fatalidad.

Toros por encima de la plaza

ANDRES SOREL

Es importante el tratamiento que se dé a la información, para lejos de continuar enfrentando pueblos y familias, agudizando las tensiones heredadas, los traumas que la Guerra Civil y la postguerra de vencedores y vencidos engendraron, contribuir a cerrar viejas heridas, unir a los hombres en busca de una vida mejor: en el trabajo, en el ocio, en la búsqueda de la paz, hasta en las relaciones humanas.

Viene esto a cuento de una pequeña pero significativa anécdota ocurrida este verano en Barco de Avila y el tratamiento periodístico que recibió. Pequeña, insistimos, pero significativa de cómo algunos periodistas e informadores entienden el tratamiento que se ha de dar a la noticia, «ilustran» a sus lectores sobre la España real y no la que ellos quisieran seguir manipulando. Hechos simples, cotidianas aventuras de las que se nutre también la vida, y que hacen la historia, la historia auténtica y no la falseada en los libros llenos de nombres y fechas que en realidad nada nos dicen del sentimiento, el drama, la ilusión y la tragedia de la colectividad que allí debiera reflejarse.

Barco de Avila es un pueblo dormido en los flancos de Gredos y musicalizado por el Tormes. Aun piedras con viejas historias y rostros curtidos por antiguas costumbres. En verano cambia su fisonomía con la vuelta de los emigrantes, de los forasteros que buscan sus aires, sus silencios, su tranquilo y pausado discurrir. El verano es una larga, prolongada fiesta. Fiestas de Santiago que los quintos organizan. Fiestas del Cristo, que el Ayuntamiento patrocina. Algunos tío-vivos, casetas con almendras, turrones, pequeños juguetes, chocolate de Navatejares, dulzaineros, exposiciones, algunos actos culturales, bailes en la plaza de las Acacias, y naturalmente toros. Barco de Avila intenta hacer, prolongar, con mínimos medios, una cultura propia, viva, realizada, asumida y protagonizada por quien es y debe ser su único hacedor: el pueblo. Lucha contra adversas circunstancias económicas, contra dirigismos de toda índole, por no perder el cordón umbilical que sin renunciar a su propia historia no la despegue del futuro. Ejemplo de ello es el teatro barcense, que se prepara pacientemente durante el invierno para representar obras como la que este verano han visto y gozado ciudadanos de pueblos y aldeas de diez leguas a la redonda: «La Molinera de Arcos». Entre sus intérpretes y realizadores, encontramos a trabajadores, campesinos, profesores, dependientes, sacerdotes, guardias municipales, en una labor colectiva que es una auténtica lección de aprovechamiento del ocio para disfrute del pueblo. Igualmente las romerías, religiosas y paganas, que hacen desfilar por las calles de Barco o subir a las aldeas y picos de los montes vecinos, a los mozos —no importa la edad— encuadrados en sus penas, con sus típicos trajes, y que se agrupan en dos rivales organizaciones: la picota y la comparsa barcense. De ésta conozco personalmente a uno de sus grandes animadores, Paco, que como otros miembros de la misma no duda en aportar su propia afición musical —él toca los platillos— para dar mayor ritmo y color a la fiesta. El Ayuntamiento presta algunos de los intrumentos musicales que ellos interpretan; otros los compran sus miembros para que la música, el baile, y el apretado desfile no deje de animar —junto al estampido de los cohetes— ni de día ni de noche las calles del pueblo. Pero esta información basada en el ejemplo que da la unión al margen de discursos o dogmatismos de cualquier índole a nativos y forasteros en la recuperación de la alegría y la participación festiva, no merece reporteros especiales, líneas en los grandes periódicos de la capital de la provincia o de España. Sí en cambio la tergiversación de la noticia, lo que deformado intenta ridiculizar y al tiempo introducir una crítica subliminal de la democracia y la acutal gestión política del Estado. Hablábamos de los toros. El 28 de julio, numerosos periódicos españoles, entre ellos el «Ya» y «El Alcázar», publicaban una foto en la que se veía a un toro ya muerto izado por una pluma —una grúa denominaban ellos— sobre la cabeza de los espectadores sentados en las gradas de la plaza de toros de Avila. Incluso el conocido diario ultra derechista titulaba la noticia como «cambios insólitos», anotando: «Los espectadores que asistieron a la novillada que se celebró en Barco de Avila contemplan asombrados cómo el novillo les pasa por encima de sus cabezas, en lugar de hacerlo por el sistema tradicional de mulillas. Y es que, ya se sabe, cuando el «cambio» quiere llegar hasta el fondo de las cosas no respeta ni a la «fiesta» por antonomasia». Y seguían pobres disgresiones sobre el «cambio». No merecía el apunte de la noticia entrar en polémica, uno elige a los polemistas, no anda a remolque de ellos, sino fuera, insistimos, porque numerosos periódicos españoles se hicieron eco de la misma. Anotemos de entrada que la información era falsa, es decir, no respondía a la realidad. En Barco de Avila, milagrosamente, si existen mulillas; actúan con su cascabeleo trotón y con su lujoso enjaezamiento, cada vez que se celebra una corrida o novillada. Unicamente, una vez fuera de la plaza, actuó la pluma para transportar los novillos al camión que había de llevarlos al desguace. La gravedad de la información está más en lo que oculta que en lo que dice. Hay mucha prensa en este país acostumbrada a vegetar, a escribir de oídas o al dictado; como hay críticos de libros que no pasan de leer las solapas de los mismos para cumplir su función. Para escribir de un pueblo hay que entrar en su corazón, sumergirse en sus raíces, acompañarle en sus fiestas o en sus silencios, abrir los ojos ante su trabajo, gozar con sus besos, probar sus comidas y vinos, escucharle en sus relatos de taberna o de lumbres invernales, respetarle en sus velorios, brindar en sus bodas, oírle en sus quejas, acompañarle en sus reivindicaciones. Un pueblo que intenta no desaparecer sino ganar la batalla de su existencia, merece nuestro más absoluto respeto: él es la cultura auténtica, no la importada, aquella que debe ser apoyada, sentida. Ahitos de falsos folklorismos centralistas, no debemos consentir esta burda deformación que hoy le tocó a Barco de Avila, otro día alcanza a cualquier otro pueblo del Estado español. Hartos de prensa cada vez más sensacionalista y amarilla, demos aquí al menos constancia de una realidad que sólo nos merece respeto y aplauso. Y que la fiesta, la amistad y la cultura colectiva sigan desarrollándose, como este verano pudimos presenciar, en las tierras de Barco de Avila, donde los toros corren su plaza y lo que vuela por encima de ella son los sueños, las caricias, y los cantos de sus habitantes.

CÁRITAS
con
los damnificados
del Norte

CARITAS ESPAÑOLA AGRADECE A TODOS
LOS PUEBLOS DE ESPAÑA
SU GENEROSA COLABORACION

Ingresos en todos los bancos, a nombre de "Cáritas Española
los damnificados del Norte", y en las oficinas de Cáritas